

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 63
Colombia: Literatura, Política y Violencia

Article 22

2006

Sigmund; Leyenda

Elkin Restrepo

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Restrepo, Elkin (Primavera-Otoño 2006) "Sigmund; Leyenda," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 63, Article 22.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss63/22>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Sigmund

Es un recuerdo de su niñez.
Sigmund observa cómo su padre,
después de darle las buenas noches,
toma a su madre por la cintura
y cierra detrás de sí la puerta de la habitación.
Aunque ignora el significado de la escena,
su inocencia ya no será la misma.
Por alguna razón el hecho lo mortifica
y queda fijo en su memoria.
Desconoce aún que detrás de aquella puerta,
hay demonios que el amor desata
y a su modo edifican un mundo de placer y culpa.
Demonios capaces de regir,
no sólo el delirio humano
sino también el orden inapagable de las estrellas.
Vendrán después los días
en que, en sus meditaciones clínicas,
descubrirá qué cura al amor del amor
y a los hombres de su sed de vivir.
Un destello hurtado al misterio de todo,
es el hilo que une su niñez
con su presente de descubridor de la psique humana.
¿Cuál habría sido su destino, cabe preguntarse,
si una noche, allá en su infancia,
no hubiera descubierto a su padre desear a su madre?

Gauguin en Panamá

La vida, una disconformidad permanente.
Huir hacia donde lo natural y salvaje
no haya sido contaminado aún por un evangelio civilizador.
Quizás allá, en islas remotas,
todavía dioses y hombres convivan
en la gracia de una existencia sin pecado.

Quizás allá encuentre el alma su condición perdida.

Y Gauguin, acompañado de su amigo Leval,
viaja a Panamá, donde se enrola en los trabajos del Canal,
con el propósito de comprarse una isla:
la obra épica en sí no le interesa,
sólo el edén que guarda con sus palmas y frutos salvajes
el verdadero sosiego... aquello que pintar.
Visita en dos ocasiones a Taboga,
la isla del Pacífico que, con su primitiva lumbre,
más cruda aún que cualquier pensamiento de libertad,
le ofrece el comienzo de una nueva vida.
Pero enferma de disentería,
y ahora es su miserable condición mortal,
las fiebres que lo mantienen atado al fracaso,
las que lo obligan, semanas después, a embarcarse de regreso.
Vuelve a París, a la vida que no quiere,
y serán los cuidados de una puta
los que lo ayuden a reestablecerse,
a lidiar con su condición incurable,
hasta que un día
– sin cómo eludir los demonios de su alma–,
se echa a navegar de nuevo
hacia a los míticos albores de otros lados.

Leyenda

A la verdad se le puede desmentir,
pero no a la leyenda. Según una, Joseph Conrad,
aquel rudo capitán polaco,
que fue capaz de enfrentar los poderes invisibles
cuando se tomaron su barco en los mares de Indochina,
llegó a estas costas caribeñas,
enrolado en el tráfico de armas.

Convertido él mismo en personaje novelesco,
apenas es natural que se le entremezcle
con episodios de un país naciente
que requería alimentar el espíritu romántico
con individuos de su clase:

Desterrados que andan por el mundo
sin importarles de que bando o razón luchan.

Agentes que cargan con una culpa
imposible de perdonar.

Náufragos de todos los mares que imploran
por una débil luz de salvación.

¿Maneras cómo la fantasía

da forma a la vida y ofrece a ésta una verdad?

Aunque no existe documento que de fe de su arribo a Cartagena
– veleros como el suyo, cochambrosos y enigmáticos,
debieron abundar en las aguas de la bahía aquellos días–,
que ello se tenga como cierto,
lleva a pensar hasta dónde la realidad,
esa inacabable maraña de hechos y sentidos,
de vidas y destinos,
es obra paciente y forzosa de la leyenda.